

Cinco cuentos tradicionales con sabor a Huasteca

La voz se materializa, explota en la boca de aquel que quiere decir, se hace palabra, entra en el cuerpo del otro, del que escucha, echa raíces en ese cuerpo como un árbol intangible y espera el momento preciso para brotar de la boca nueva.

El cuento tradicional se transmite en esta especie de vaivén, se mete en los cuerpos, sale nuevamente y se expande a través del viento para sembrarse en otros. El cuerpo que lo lleva consigo lo adapta a su existencia, a sus necesidades, a su vida cotidiana, razón por la cual el cuento brota renovado. El cuento tradicional, de esta manera, vive en repeticiones y variantes.

Margarita Cruz García, mujer de 37 años de edad, permitió que grabara los cinco cuentos que se presentan aquí, en tres ocasiones distintas, en julio, noviembre y diciembre del 2007, mientras ella atendía sus labores como empleada doméstica en una casa ubicada en Altamira, Tamaulipas.

La voz de Margarita es suave, pero firme. Su destreza como narradora es evidente, desde el primer momento te atrapa con su relato: la cara, siempre con una sonrisa, gesticula al narrar sus cuentos para interpretar al personaje en turno. Sus manos y su cuerpo se transforman y deja de ser la mujer chiquita para convertirse en ladrón, en perezoso, en conejo, en Cenicienta.

Margarita no es de las personas que se intimidan ante una grabadora; ella toma la sartén por el mango y una vez que comienza un relato es imposible que alguien o algo haga que desista de su cometido.

Los cuentos que narra Margarita son herencia de familia: su abuela paterna se los contó cuando niña, en un lugar llamado El Anono, comunidad situada en el norte del estado de Veracruz, formando parte de la Huasteca.¹ Se trata de cuentos tradicionales de Occidente recreados en esa

¹ Región mexicana conformada por porciones de los estados de Tamaulipas, San Luis Potosí, Querétaro, Hidalgo, Puebla y Veracruz.

zona, por lo que se perciben distintas adaptaciones espacio-temporales en ellos. El atractivo principal de estos cuentos radica, precisamente, en esa recreación, que no es sino el reflejo de la vida cotidiana en el mundo huasteco: un flojo que duerme en hamaca, una Cenicienta que lava tripitas de cerdo en el río, un Alí Babá compadre, etcétera.²

Resulta también significativa la fórmula “Varita de virtud, por la virtud que Dios te dio...” que aparece en el cuento de la Cenicienta, pues ya en relatos inquisitoriales del siglo XVII encontramos este dicho para localizar tesoros.

La recopilación de estos relatos obedece a un trabajo de investigación que se realizó durante los años 2006 y 2007 al norte del estado de Veracruz y al sur de Tamaulipas, en la zona conurbada de Tampico.

BERENICE GRANADOS

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

1. [El flojo que fue premiado por Dios]

Había una vez un señor que no le gustaba trabajar y, este, su esposa trabajaba en una casa. Un día, este, la señora fue a cortar leña y vio que en el árbol salía una lumbré que subía y bajaba, y le dio miedo y amarró su leña y se fue. Llegó a su casa y le dijo a su esposo:

– Fíjate que en un árbol salía una lumbré que subía y bajaba.

Pero su esposo no le creyó. Le dijo:

– No, tú estás loca. Cómo crees que en un árbol va a salir lumbré, dice.

– De veras, si quieres, vamos. Dicen que de donde sale una lumbré hay dinero.

Pero no, él no le creyó. Y al otro día se fue a trabajar y le dijo a la señora donde ella trabajaba:

² Otro de los atractivos de estos relatos son las fórmulas típicas de los narradores populares mexicanos; véanse las notas 3, 4 y 7, los muy abundantes “y ya (que)” o el “ya después” que marcan una transición en el relato [N. de la R.].

– Fíjese, señora, que allá donde fui a traer leña salía una lumbré junto a un árbol.

Y la señora le dijo:

– Dicen que ahí donde sale lumbré hay dinero.

– Eso le dije yo a mi esposo, pero él no me creyó.

Y ya; ella le siguió trabajando y en la tarde ya se fue para su casa. Y la señora, la otra señora, con la que ella trabajaba, le dijo a su esposo:

– Fíjate que la señora que me viene a ayudar me dijo que había ido a cortar leña y que en un árbol salía una lumbré que subía y bajaba. Y le dijo a su esposo que fueran a ver qué era, pero él, como es tan flojo, no quiso ir, no quiso ir.

Y, este... ¿Y qué más? ¡Ah!, y ella le dijo a su esposo:

– ¿Cómo ves, vamos? ¿Vamos a ver si, este, si hay dinero?

Y su esposo le dijo:

– ¿Pero te dijo adónde salía esa lumbré?

– Sí, sí me dijo.

Y pues ellos eran, pues ahora sí que³ nada les faltaba, tenían todo. Pero haz de cuenta que como eran bien ambiciosos, este, quisieron ir a ver si en realidad era dinero lo que había ahí. Y ya fueron. Cavaron y encontraron una ollita, pero esa ollita no tenía dinero, pero estaba llena de lodo. Y el señor se enojó tanto que le dijo a la esposa:

– Mira nada más lo que tiene esta olla. Pero ahorita va a ver, este, el flojo ese que no le gusta trabajar. Se me hace que él, como no tiene nada qué hacer, pues él ha de haber venido, a lo mejor, a enterrar esa ollita. Pero vas a ver, ahorita se la vamos a ir a dejar a su casa, al fin que ya han de estar dormidos.

Y ya se fueron. Se llevaron la olla y llegaron a la casa, y pues como ellos eran pobrecitos, dormían en el suelo. Y llegaron y que les avientan la olla. Al aventar ellos la ollita, lo que cayeron fueron monedas, y ya la señora se paró, y le dijo:

– ¿Oíste que algo cayó?

Y le dice:

³ *ahora sí que...*: fórmula usada a menudo en el lenguaje popular de México (seguida a veces de *como luego dicen*). Equivale más a menos a “la verdad es que...”.

— ¡Ay!, ¿cómo vas a creer? ¿Quién va a venir a echarnos algo?

— Sí, dice.

Ya la señora que se para y prendió su luz y, este, y ya que se fija y vio que eran monedas de oro. Y todavía le dijo al señor:

— Párate. Mira, son unas monedas, son monedas.

— Tú estas loca. ¿Cómo crees que aquí en la casa va a haber monedas?

— Sí, 'ira.

Y el señor, como era tan flojo, todavía no se quería parar. Y ya que despierta, y que se para. Y sí, ya vio las monedas que estaban, montón de monedas tiradas en el suelo. Y ya el señor se paró y ya empezaron a recoger todas las monedas. Y dijo:

— Y ahora ¿qué hacemos? No, dice, pus, pues hay que hacer una casita...

Y ya empezaron a comprar, este, material, hicieron su casa y compraron sus cosas. Y tenía un compadre que lo iba a visitar, y le dijo:

— Oiga compadre, ¿cómo le hizo? Si usted era bien flojo, no le gustaba trabajar, nada más se la pasaba, pus, acostado ahí en su hamaca, y no me explico cómo le hizo, dice. Porque ahora ya se volvió bien trabajador, y ya tiene su casa y nada le falta.

Y el señor le dice, le dijo al compadre:

— ¡Uy, compadre! ¿Usted no sabe ese dicho que cuando Dios quiere dar, por la puerta ha de entrar? Y así me pasó a mí. Como Dios me vio que era tan flojo que no me gustaba trabajar, pus Dios me dio, y por eso ahora, pues tengo.

Y colorín colorado, este cuento se ha terminado.

(26 de julio de 2007)

2. [El hermano latoso]

Estos eran dos hermanos que tenían a una abuelita. A su abuelita la cuidaban. Para esto,⁴ uno de ellos le gustaba sembrar su maíz y su frijol,

⁴ *para esto*: giro frecuente con el que se añade algo a lo dicho antes.

y en esa ocasión sembró maíz. Y, este, y ya seguido iba a ver sus, iba a limpiar sus plantas y las iba a ver. Y ese día le dijo al hermano:

– ¿Sabes qué, hermano? Voy a ir, voy a ir a la milpa.⁵ ¿Cómo ves? ¿Te quedas aquí, pones a calentar agua, bañas a mi abuelita y le das de comer?

– Sí, hermano.

– Bueno, te la encargo mucho.

Ya se fue, y ya que pone el agua a calentar y la dejó que se calentara. Y ya empezó a bañar a la abuelita, pero no vio que el agua estaba demasiado caliente. Así que la baña, la bañó, y ya luego la vistió y que le da, ya le dio de comer, le puso una tortilla en la boca. Y ya la sentó la abuelita, y le dice... Y ya al rato llegó el hermano, y ya le dijo:

– Hermano, ¿bañastes a mi abuelita?

– Sí.

– ¿Le diste de comer?

– Sí.

– ¿Y adónde está?

– No, pus allá la tengo, allá está sentada. Está allá afuera agarrando aire, le dijo el hermano.

Ya se fue.

– ¡A ver, vamos a verla!

Y ya que van, ya que la toca y le dice:

– Pero hermano, ¿qué has hecho? ¡Matastes a la abuelita!

– No, yo no la maté, dijo.

– ¿Cómo que no, si está muerta? Ven, tócala.

Y ya que toca a la abuelita, y sí, la abuelita ya estaba muerta.

– ¿Y por qué? ¿Qué hicistes?

– Pus tú me dijistes que calentara el agua, y yo la calenté.

– ¿Y estaba muy caliente?

– Pues sí.

– ¡Ay, hermano! Yo te dije que la calentaras, pero no que se la echaras tan caliente.

– Pues yo no sé. Yo ya la bañé, y la cambié y todo.

⁵ *milpa*: nahuatlismo generalizado en México, ‘terreno cultivado’; en este caso, ‘maizal’.

– Bueno, pues ahora ni modo.

Ya enterraron a la abuelita, y ya pasó.

Al otro día, le dijo el hermano:

– Este, ¿vas tú a la milpa? Ves⁶ tú a la milpa y le das una vuelta, le dijo.

– Bueno, sí, está bien.

Y que se va el hermano, el otro, el que había matado a la abuelita.

Y ya se va. ¡Ah!, y para esto le dijo:

– Y te llevas el machete.

– Sí.

Y se fue. Agarró su machete y se fue. Llegó a la milpa y empezó a cortar todo el maíz, todo, todo, todo, a cortarlo porque a él le dijeron que le fuera a dar una vuelta, y, este, pero no entendió, ¿verdad?, cómo era lo que... o sea, a qué iba a ir, o qué es lo que iba a hacer. Ya, ya, lo, hasta que ya lo cortó todo se fue. Llegó a la casa y le dijo su hermano:

– ¿Le fuistes a dar...?

– Sí.

– ¿Cómo está el maíz?

– No, pus está bien.

– ¿Cómo que está bien?

– Sí, pus tú me dijiste que le fuera a dar una vuelta y yo le fui a dar una vuelta. Llegué y empecé a cortar todo el maíz, y yo le di la vuelta.

– Pero hermano, yo no te dije que lo cortaras, yo te dije que lo fueras a ver, que te fueras a dar una vuelta.

– Pues sí, yo le di la vuelta. Lo corté todo.

– ¡Ay, hermano! De veras que eres tan bruto, que no, ni una cosa de la que yo te digo me haces bien.

El muchacho ya fue a ver su maíz y estaba todo cortado. Las plantas, ya ves que las plantas siempre... y estaban todas cortadas. Ya que llega a su casa bien triste, y le dijo al hermano:

– ¿Sabes qué, hermano? Yo me voy a ir, dice, porque, porque ya me hicistes... Matastes a la abuelita, cortastes el maíz, ya no vamos a tener nada, mejor me voy. Áhi quédate tú.

⁶ *ves*: ‘*vas*’ (cruce frecuente entre *ve* y *vas*).

—No, hermano, yo también me voy.

—No, dice, tú quédate.

—¿Pero qué voy a hacer yo solito, que yo no sé hacer nada, y cómo me vas a dejar?

—Bueno, está bien, vámonos.

Y ya que se van los dos. Se fueron y, este, y ya cuando habían caminado arduo, le dice el hermano:

—¡Ay!, ¿qué crees hermano? Se nos olvidó la puerca.

O sea tenían una puerquita, o sea, se les olvidó la puerquita.

—Se nos olvidó la puerca.

—¡Ah!, si quieres me regreso, dice, si quieres me regreso.

—No, cómo te vas a regresar, le dice, si ya estamos bien lejos.

—No, sí me regreso, dice. Tú espérame aquí y me regreso.

Y este, que se regresa el muchacho. Y ya que se regresa y empezó a arrancar la puerta de la casa. En lugar de llevarse a la puerca, que empieza a arrancar la puerta de la casa [risas]. Y el muchacho aquel espere y espere, el hermano. Espere, espere.

—¡Ay, este bruto! ¿Qué habrá hecho? No viene, uhmm, no.

Ya, ya arrancó la puerta el muchacho y que se va. Cuando va llegando adonde estaba el hermano, le dice:

—Hermano, ¿pero qué traes?

—Pues ¿no tú me dijistes que la, que se nos olvidó la puerta?

—Yo no te dije que se nos olvidó la puerta [risas]. Yo no te dije que se nos olvidó la puerta, yo te dije que se nos olvidó la puerca.

Una puerquita que tenía allí, chiquita, que estaban engordando, que se les olvida. Y le dice:

—Ahora de castigo te la vas a llevar tú, porque yo ni creas que te voy a ayudar a cargar la puerta, porque yo no te dije que te trajeras la puerta, yo te dije que te trajeras la puerquita.

La puerta... pues ya iba bien cansado con su puerta en el hombro, y ya se oscureció, y le dice:

—¿Y ahora dónde nos vamos a quedar?

Y dice:

—Pus mira, ahí están unos árboles. Si quieres, dice, ahí subo la puerta y ahí nos acostamos.

Y dice:

— Bueno, dice, tú súbela. Yo ni creas que te voy a ayudar, dice, porque ya me has hecho demasiadas cosas. Y que matas a la abuelita, el maíz lo echastes a perder... Si la subes, si quieres subirla, súbela.

Ya que empieza el muchacho a subir la puerta a los árboles, la acomodó y ya, según,⁷ ahí se acostaron. Pero, éste era tan latoso, el hermano, le, le, ya acomodaron la puerta y se acostaron. Ya, ya se durmieron y más de noche llegaron unos señores en unos caballos y también se les había hecho de noche a los señores. Y dijeron, y ya dijeron:

— ¿Cómo ves, nos quedamos aquí? Estos árboles están muy bonitos como para que nos acostemos aquí debajo de ellos.

Ya, ya estaban los otros arriba del árbol. Y este, ya los dos pues se quedaron; empezaron a hacer de comer y, y cenaron y todo, y ya el muchacho:

— ¡Ay, hermano!, tengo hambre.

— Pus hora te aguantas, porque yo te dije bien claro que no vinieras, pero tú quisistes venir.

Bueno, y este, y luego ya estaban dormidos los señores que estaban abajo y le dice:

— Hermano, tengo ganas de hacer pipí. Hermano, tengo ganas de hacer pipí [risas de la narradora].

Y le dice el hermano:

— Tú nomás estás de latoso. Ya te dije que te callaras, dice. ¿Qué no ves que están los señores allá abajo durmiendo?, dice. Y nos van a oír, dice, y vas a ver lo que nos van a hacer.

— Es que tengo ganas de hacer pipí.

— Pues yo no sé, hazte, le dice el otro hermano, hazte.

Y ya que a él le valió,⁸ y que se para y que hace pipí.

Y decían los señores de abajo:

— Está cayendo el serenito de la mañana.

¡Ay no! [risas de la narradora]. Y ya se siguieron durmiendo y luego, más al ratito otra vez:

⁷ *según*: expresión que suelen intercalar los narradores mexicanos; parece equivaler a "por lo visto".

⁸ *le valió*: 'no le importó'.

– Hermano, tengo ganas de hacer del dos.⁹

Dice:

– Pero de veras que eres tan latoso, que mejor no te hubiera traído. Te dije que allá están los señores, se van a despertar y nos van a oír.

– Pues sí, pero yo tengo ganas de hacer popó.

¡Ay no! Y el otro ya pues bien enojado, a punto de darle,¹⁰ porque él era muy latoso. Y dice:

– Yo no sé, dice, pero si vas a hacer, haz. Pero si te descubren, que estás aquí y nos agarran, tú vas a tener la culpa.

Y el muchacho le valió gorro,¹¹ que se hace popó de arriba. Y dicen los señores de abajo:

– Está cayendo el pan de cada día [risas de la narradora].

¡Ay, no, Dios mío! Y ya se volvieron a quedar otro ratito dormidos. ¡Ay, me gana la risa!¹²

Y luego, al ratito:

– Hermano, tengo bastante sed.

Y le dice:

– ¿Pero qué no te dije que no estuvieras de latoso? Están los señores allá abajo y se van a dar cuenta y nos van a oír.

– Es que tengo sed.

– ¿Y de dónde agarro el agua, si aquí no hay?

Y tanto estarse moviendo el muchacho, tanto estarse mueve, mueve... ¡Ay, no!, me va a pasar lo que ese día que me atacaba de la risa. Tanto estarse moviendo ese día... En ese momento, no supo ni cómo, que se cae la puerta. ¡Ay, no!, que se cae la puerta [risas], y este, ahí va para abajo la puerta y ellos arriba del árbol. Y este, cayó la puerta y los señores abajo, abajo. Cuando oyeron el ruido aquel, que se paran corriendo y que se van. Pues estos han de haber dicho: “Pues qué pasa”, ¿no? Que se paran y que se van los señores.

Ahí dejaron todos sus caballos, y ¿sabes qué traían los caballos? Traían puro oro y traían sus costales llenos de dinero, de oro. Y empiezan a ver

⁹ *hacer del dos*: ‘defecar’ (frente a *hacer del uno* ‘orinar’).

¹⁰ *darle*: aquí ‘pegarle’.

¹¹ *le valió gorro*: ‘no le importó nada’.

¹² *me gana la risa*: ‘no aguanto las ganas de reírme’.

los caballos y a revisar lo que traían. No pues eran puras monedas de oro. Y ya, este, pus, este, como los otros señores no regresaron, ya ellos, ellos se quedaron con el dinero, con todo se quedaron. Ahora sí que se volvieron ricos, porque ellos se quedaron con todo el dinero que los otros señores traían.

Y ya, hasta ahí.

(26 de julio de 2007)

3. [¡Quítate, carajo!]

Este era un señor que sembraba frijol. Un día fue a su milpa,¹³ y pus ya las plantitas estaban un poco grandecitas. Fue a su milpa y vio que se estaban comiendo las plantas, y dijo:

– Pero, ¿pus qué animal será el que se está comiendo mis plantitas?

Y ya llegó a su casa y le dijo a su esposa:

– Fíjate que se están comiendo las plantas de frijol.

Y dice:

– ¿Cómo ves?, dice. Voy a hacer un mono¹⁴ de cera para poder saber qué animal es el que se está comiendo las plantitas.

Y ya empezó a hacer su monito de cera. Y al otro día lo fue a poner a su milpa por donde pensó que iba a pasar el animal que se estaba comiendo las plantas. Llegó y lo puso, y se fue para su casa. En la noche llega el conejo y el conejo pensaba que el mono de cera era un señor que había ido y le decía:

– ¡Quítate, carajo, que voy a pasar!

Y que le pegó con la manita y se quedó pegado. Luego, otra vez le dijo:

– ¡Quítate, carajo, que voy a pasar!

Y le pega con la otra manita y se volvió a quedar pegado. Y así otra vez:

– ¡Quítate, carajo, que voy a pasar!

¹³ *milpa*: véase la nota 5.

¹⁴ *mono*: aquí, ‘figura esculpida’.

Y le pega con la otra patita y se queda pegado. Y seguía diciéndole, y entre más le decía más se quedaba pegado. Después, también le pegó con la cola y se quedó pegado. Y ya, y se quedó el pobrecito pegado. Al otro día fue el señor y le dijo:

– ¡Ah, con que tú eres el animal que te querías comer mi frijol!

Y ya lo despegó y se lo llevó para su casa y le dice a su esposa:

– Mira, dice, aquí traigo el que se estaba comiendo mi frijol. Pero ahora va a ver, ahora me lo voy a comer yo.

Y que le dice a su esposa... Que lo mató y le dice a su esposa que lo guisara y se lo comieron al conejo. Y hasta ahí.

(26 de julio de 2007)

4. [La Cenicienta]

Había una muchacha que le decían la Cenicienta porque nada más la tenían sus papás haciendo el quehacer. Y tenía dos hermanas, pero ellas no hacían nada. Entonces le dijo a su papá:

– Papi, me matas mi puerquita y me das las tripitas.

Y su papá se la mató y le dio las tripitas, y se fue a lavarlas al río. Y cuando llegó, se puso a lavarlas, pero unos perros se las, se las comieron, y después ella se puso a llorar y se fue a su casa. Y se encontró a una señora, y le dijo la señora:

– ¿Por qué lloras, niña buena?

– Porque unos perros se comieron mis tripitas.

Y le dice:

– No llores.

Entonces la señora le puso una estrella de oro y le dio una varita mágica y le dijo:

– Toma esta varita, lo que tú quieras te lo va conceder.

Y se fue a su casa y le dijeron sus hermanas:

– ¿Qué te pusieron en la frente?

– Una señora que estaba ahí en el camino me la puso.

Y ellas se la querían quitar. La raspaban y la raspaban y entre más se la raspaban, más le brillaba la estrella. Y ya le... y entonces las muchachas se enojaron y le dijo una de ellas a su papá que le matara su puerquita,

y que a ella le diera la pura pancita. Y se la mató y le dio su pancita, y se fue a lavarla al río. Pero ella llegó y, en lugar de lavarla, la tiró al agua, y unos pececitos se la comieron. Y después ella llore y llore, y también se encontró a la señora y le dijo:

– ¿Por qué lloras, niña buena?

– Porque unos pececitos se comieron mi pancita.

Y le dice:

– Pero, ¿por qué?

– Pues es que, este, se lo comieron y por eso estoy llorando.

Pero, mentira, ella la había tirado para que se la comieran los peces.

Después la señora le dice:

– No llores. Mira, te voy a poner esto.

Y ella que le pone un moco de guajolote¹⁵ en la frente.

Y le dice la hermana:

– ¿Qué te pusieron, hermana, en la frente?

– Pues no sé, una señora que me encontré en el camino me puso esto.

Y la hermana que le amarra el moco de guajolote con una cinta y, por más que se trató de quitárselo, no pudo quitárselo.

Entonces, este, le dijo su mamá un día, este:

– Vamos a ir a misa, tu hermana se va quedar, este, haciendo el aseo.

Y para que se tarde más, dice, le vamos a tirar un kilo de arroz para que, a ver si se apura,¹⁶ dice, para que tenga más que hacer, decían ellos.

Entonces, ellos se fueron y la muchacha se quedó, y le dice... Entonces ya se fueron todos y le dice la muchacha a la varita:

– ¡Ah, ya sé!, le voy a pedir a la varita que, que me haga ese deseo.

Ya, ya le dice:

– Varita varita, por la virtud que Dios te ha dado, ¿me recoges por favor este kilo de arroz?

Y que le recoge el kilo de arroz rápido. Y ya después:

– Varita varita, por la virtud que Dios te ha dado, ¿me haces toda la limpieza de la casa?

¹⁵ *de guajolote*: 'de pavo'.

¹⁶ *se apura*: 'se apresura'.

Y la varita, así, todo, todo lo de la casa se lo hizo. Y como acabó bien rápido, dice:

—¿Y ahora qué hago? Ya terminé, ya está todo... ¡Ah, ya sé!, voy a ir a la misa. ¡Ah!, pero la señora me dijo que lo que yo le quisiera pedir, la varita todo me concede.

Y ya, le dice:

—Varita varita, por la virtud que Dios te ha dado, me recoges, por favor... ¡Ah, no!, ¿me das por favor un vestido bonito?

Y ya se lo dio. Y luego:

—Varita varita, por la virtud que Dios te ha dado, ¿me das un coche?

Y se lo dio.

—Varita varita, por la virtud que Dios te ha dado, ahora te pido que me des pinturas y me des zapatos.

Y ya la varita todo lo que la muchacha le pidió se lo dio. Entonces ya ella se alistó y se puso bien bonita, y se subió al coche y se fue. Y ya dijeron sus hermanas:

—¿Quién será esa muchacha tan bonita que va entrando a la iglesia?

Y ya se acabó la misa y ya se fue. Y de lo rápido que ella iba se le atoró una zapatilla, y ya ahí la dejó porque ella quería llegar primero que sus hermanas y su mamá. Y ya llegó un muchacho que se encuentra la zapatilla. Y ya les dijo a las muchachas:

—A la que le quede la zapatilla, me caso con ella.

Y pus una de sus hermanas quería que le quedara la zapatilla. Y que se corta el talón para que le quedara la zapatilla, pero no, no le quedó. Y a ella sí le había quedado la zapatilla, y dijo:

—¡Ah!, pues como a ella le había quedado la zapatilla, pues con ella me voy a casar.

Y ya después, ya pusieron todos los preparativos para la boda. Se casó con ella y después le dice... Ya, dice la muchacha, la que le habían puesto el moco de guajolote, dice:

—Estrella de oro va en coche y moco de guajolote queda en casa.

(2 de noviembre de 2007)

5. [Ábrete, sésamo]

Había un señor que tenía un compadre, y el compadre le mandó, mandó a su niño a pedirle un litro,¹⁷ y ya llegó el niño y le dice:

– Señor, dijo mi papá que si le podía prestar el litro.

– Sí.

Le dijo el señor, y abajo le pegó un pedacito de cera. Y ya se fue el niño. Y ya llegó y midió lo que tenía que medir. Y ya después llevó su litro el señor, el niño. Y le dijo:

– ¿Qué midió tu papá?

– No sé, dice. No sé qué mediría.

– Ah, bueno.

– Dijo que muchas gracias.

Y ya se fue el niño. Y el compadre vio que abajo estaba pegada una moneda. Y ya dice:

– ¿Qué mediría mi compadre? No, dice, ¿o midió dinero?

Y ya, este, al otro día fue y le preguntó al compadre que qué había medido, y, este, le dice:

– No, medí frijol.

– ¿Pero cómo debajo, dice, estaba pegada una moneda?

– Y qué, dice. Dice, mire, lo que pasa, aquí, dice, es que medí el dinero para saber cuántos litros eran.

Dice:

– ¡Ah! ¿Y cómo le hace, dice, para tener dinero?

– No, dice, pues, este, yo corto árboles, y este, hago ceniza y la voy a vender.

– ¡Ah! ¿Y sí se la compran?

– Sí, dice, si quiere también haga y vaya a vender.

Y ya el señor se puso a hacer sus costales de ceniza y los fue a vender, pero nadie se la compró. Y ya le dice un señor:

– Mire, dice, para que ya no ande ofreciendo su ceniza, tenga, aquí le voy a dar cinco pesos. Y ya, este, agarró los cinco pesos y dice:

– ¿Y ahora qué compraré con esos cinco pesos?

¹⁷ litro: 'envase de un litro'.

Y ya pasó por donde habían muchas máscaras y dice:

— ¡Ah, ya sé! Voy a comprarme una máscara.

Y ya que se la compra y que se va.

Pero se le hizo de noche. Y en eso vio una casita y pidió permiso para que lo dejaran quedarse toda la noche y sí, ya le pasó,¹⁸ pero como en la noche hacía mucho frío, este, ya todos estaban dormidos y él que se pone la máscara. Y este, y ya estaban todos dormidos. Y ya cuando despertaron todos, vieron que un señor tenía puesta una máscara y que salen corriendo todos, y ellos se dedicaban a robar y ahí donde vivían tenían todo el dinero. Y ya él también iba atrás. Iba corre y corre:

— Y bueno, ¿por qué correrían estos señores?

Y ya él no se había dado cuenta que él traía la máscara puesta.

Y ya que se toca y dice:

— ¡Ay!, de seguro les ha de haber dado miedo, porque vieron que yo traía la máscara puesta. Y ya que se la quita, y en eso ya vio, este, mucho dinero, y el señor, como llevaba su caballo, que agarra, que carga sus costales y que se va.

Y ya, al otro día, llega a su casa. Y ya va el compadre y le dice:

— ¿Qué pasó compadre? ¿Sí vendió la ceniza?

— Sí, sí, la vendí toda.

Dice:

— Ah, qué bien, dice. Qué bien que sí la vendió, dice, pero yo también voy a hacer ceniza, dice, y la voy a ir vender.

Y ya también el compadre hizo ceniza, y como era bien ambicioso, que según¹⁹ que se va a venderla. Y ya llegó y nadie le compró la ceniza a él. A él sí nadie le compró. Y ya se regresó a su casa muy triste. Y ya va el compadre:

— Qué compadre, ¿sí vendió la ceniza?

— N'hombre, compadre, yo no la vendí, dice. No la vendí, nadie me quiso comprar la ceniza.

— Ya ve, compadre, por andarme engañando, dice. Usted me dijo que había medido dinero, pero no me dijo de dónde lo había sacado.

Dice:

¹⁸ *le pasó*: '¿lo hizo pasar?'.

¹⁹ *según*: véase la nota 7.

– Mire, lo que pasa es que yo voy a una casa donde unos señores se dedican a robar, dice, y ahí tienen mucho dinero. Y como, este, nadie sabe cómo se abre y se cierra esa puerta, yo ya sé, porque yo ya los oí, los oí un día cómo le decían, dice. Bueno, si quiere, dice, vamos, compadre.

Y ya llegaron, y ya, este, que le dice a la puerta:

– ¡Ábrete, sésamo!

Y se abrió la puerta y ya se metieron, y le dice:

– Pero te apuras,²⁰ compadre.

Y le dice:

– Sí.

Se apuró el compadre y ya, este, este, ya se salieron y otra vez le dijo a la puerta:

– ¡Ciérrate, sésamo!

Y se cerró la puerta. Y ya llegaron a su casa bien contentos y todo, y le dijo el compadre:

– Pero no vaya a ir solo, compadre.

– No.

Pero el compadre pues se le hizo fácil volver a ir, y volvió a ir y, este, y ya llegó y le dijo:

– ¡Ábrete, sésamo!

Y se abrió la puerta, pero cuando ya iba a salir que ya se iba:

– ¿Cómo es? ¿Cómo se le dice? ¿Y cómo se le dice?

Y total que el señor no supo cómo se le decía para cerrar la puerta, y en eso que llegan los ladrones y que lo golpean bien feo, bien feo lo golpearon.

Y ya se fue a su casa ya bien golpeado y todo. Y ya le dice el compadre:

– ¿Qué le pasó, compadre?

Y le dice:

– Pues es que mire, yo fui, y ya ve, dice, que habíamos ido a traer dinero y yo fui.

– Compadre, le dice, le dije que no fuera solito.

– Sí, dice, pues sí, dice, pero ahora ya fui. Mire cómo me golpearon bien feo.

Y ya, colorín colorado...

(29 de diciembre de 2007)

²⁰ *te apuras*: véase la nota 16.